

Se le quedaba viendo al hombrecillo verde por un rato. Era de unos cuarenta centímetros, una protuberancia larga en lo alto de la cabeza que titilaba cada cierto tiempo, no tenía ojos, la boca era tan larga como si fuese un cesto de basura, pese a tener aspecto robótico, tenía piel, o algo parecido a ella de color verde, aunque tenía surcos por todo el cuerpo sin parecer arrugas. Su primera reacción fue de miedo, quiso correr del hombrecillo pero se quedó congelado del susto, el grito se le ahogó en la garganta y no pudo sino quedar pálido sin dejar de ver cómo él ser. Instantes luego, ya que sentía que sus piernas eran suyas tuvo curiosidad, aquella luz que parpadeaba en lo alto de la antena del hombrecillo le causaba una tranquilidad que no comprendía. El hombrecillo verde no se movió de su lugar, solo miraba, o eso parecía, estaba invisible por completo y aun con eso él no se alteró más, escudriñaba sin más al extraño individuo.

Cuando por fin se compuso, se movió lentamente y dejó al hombrecillo verde, regresó a su casa con un poco de incomodidad y no quiso pensar más en ello. No sería sino días más tarde en que lo volvería a encontrar, en la lejanía del horizonte, mirando fijamente a su ventana; nuevamente la antena atenuaba cualquier alteración que él pudiera tener y solo lo miró durante un rato, esta vez, le parecía que duró más rato, mucho más que la vez anterior. De nueva cuenta, cuando se recobró cerró rápido la ventana y tomó un calmante, esperaba que aquello fuera solo una alucinación, iría al doctor mañana para saber si no estaba trabajando demasiado o su cerebro ya le estaba pasando factura el oleaje de trabajo.

Ya que se había más tranquilo, a tres días de haber abandonado todo pensamientos del hombrecillo verde, de nuevo apareció, esta vez en un árbol de su patio, simplemente de pie, postrado frente a él, titilando esa luz hipnótica que no le dejaba huir, el terror que explotó en su interior a penas verlo fue tragado por esa luz, y se quedó viendo, viendo por largo rato sin notar que su consciencia se desvanecía, lentamente, como una tortura que no dolía.

Así, las veces que desaparecía el hombrecillo verde fueron directamente proporcionales a las veces que él se le quedaba viendo. Estaba aterrorizado, quién sabe que cosa podría ocurrirle, era siempre igual y ya estaba desesperado, nadie creía en su palabra y nada parecía poder salvarlo, lo único que podía hacer era rezar porque no volviera a aparecer nunca más, que se fuera para siempre y él pudiese descansar. Pasó entonces el tiempo, más de un año sin verlo, él ya estaba tranquilo, pensó que nunca más lo vería. En uno de sus viajes por algún paraje lejano se bajó a orinar, dejó lejos el coche porque no quería que lo vieran los pasantes de la carretera, y entonces se lo volvió a encontrar, esta vez la luz no titilaba, era un globo incandescente, el hombre se acababa de subir el cierre cuando lo miró, y fue entonces que una enorme luz lo iluminó desde el cielo, y él seguía invisible.